

## EL REGRESO DE ORRIN MANNERING

*Un breve relato de la fuga de un preso y su fantástica vuelta.*

A pesar de que todo ello ocurrió hace muchos años y la cárcel ha sido ya derruida, la manera cómo Orrin Mannering, asesino y fugitivo de la Justicia, regresó a la seguridad de su celda sigue siendo una de las ocasionales leyendas de Dunham County, Tennessee.

A últimos del año, Mannering fué encarado en la cárcel para aguardar en ella el juicio por el brutal asesinato de su cuñado. Mannering era un hombre desesperado, brutal, y no tenía nada de cobarde. Huyó de la cárcel derribando de un golpe dado con una barra de hierro a su carcelero Peter Duff. Luego le quitó las llaves, abrió la celda y la puerta de la calle y se perdió en la noche. Como el carcelero iba desarmado, Mannering no consiguió ningún arma para defender su reconquistada libertad. En cuanto estuvo fuera de la ciudad, cometió la locura de meterse en un bosque; eso fué, desde luego, en una época en que la región era mucho más salvaje que ahora.

La luna ayudó a Mannering en su huida, pero como nunca había vivido en aquel lugar, no conocía el terreno y por ello no tardó en extraviarse. Al cabo de un rato ya no sabía si marchaba hacia la ciudad o si huía de ella, lo cual, como puede comprenderse, era de suma importancia para Mannering. Este sabía, sin duda alguna, que el *sheriff* no tardaría en salir tras él seguido de un numeroso grupo de gente armada y guiado por una jauría de sabuesos. Entonces sus probabilidades de fuga serían muy reducidas.

De pronto, salió del bosque y se encontró en una vieja carretera. Frente a él descubrió, a la luz de la luna, con toda claridad

un hombre inmóvil con un rifle en las manos. Era demasiado tarde para huir. El fugitivo presintió que al menor intento de regresar al amparo de los árboles caería atravesado por una bala. Por ello permaneció inmóvil como una piedra.

Orrin Mannering se sentía dominado por un terror de muerte. Las emociones del otro no pueden expresarse.

Al cabo de un momento—o acaso fué una hora,—Mannering vió que el representante de la Ley levantaba lentamente un brazo y señalaba significativamente hacia adelante. Mannering comprendió. Volviendo la espalda a su captor caminó, sumiso, en la dirección señalada, sin mirar a derecha ni a izquierda; casi sin atreverse a respirar, pues sentía como un fuego entre las paletillas, allí donde el rifle debía de estar apuntando. La espina dorsal se le estremecía como presintiendo el impacto de las balas.

Mannering era uno de los criminales más valientes que han nacido para ir a la horca. Esto se demostró en las condiciones de terrible peligro para él en que asesinó a su cuñado. No es necesario relatarlas. Se presentaron en su juicio, y la serenidad con que se enfrentó con ellas estuvo a punto de salvarle el cuello. No obstante, en aquellos momentos caminaba sumisamente hacia la población, sometido a lo inevitable.

Los dos hombres prosiguieron en silencio su camino hacia la cárcel, por la vieja carretera que atraviesa el bosque. Sólo una vez se atrevió Mannering a volver la cabeza. Fué cuando él se hallaba al amparo de las densas sombras y su captor cruzaba un claro bañado por la plateada luz de la